

## **LA EDUCACIÓN FRANCISCANA COMO UN AGENTE DE CAMBIO**

**Fray Michael A. Perry, OFM, Ministro General**

***Cuarta Reunión de los Centros Franciscanos de Educación Superior en América y España***

**Bogotá, Colombia – Diciembre 3-6, 2013**

### **Introducción**

¡Que el regalo de la paz del Señor esté con ustedes!

Quienes trabajan en las instituciones educativas franciscanas son tentados por el pecado de la envidia con demasiada frecuencia. Resultan lanzando miradas codiciosas hacia sus colegas de las universidades y centros educativos jesuitas. Se dicen a sí mismos “Ah, esa gente sabe lo que está haciendo. Tienen claridad sobre su misión y la manera en que esa misión fluye del manantial de su comunidad religiosa fundacional, la inspiración de todo lo jesuita: el mismo san Ignacio de Loyola”. Después de todo, la educación ha sido una característica integral y coherente de la identidad y el ministerio jesuitas por 500 años. Durante la vida de san Ignacio, bajo su dirección y con su entusiasta apoyo, los miembros de la comunidad de Jesús enseñaban en 46 colegios y universidades. Veinte años después de su muerte ocurrida en 1556, esa cifra se había triplicado y para 1626, los jesuitas estaban dirigiendo casi 550 universidades, seminarios y casas de estudio. La palabra “jesuita” misma evoca imágenes de bibliotecas, auditorios y aprendizaje.

Por otro lado, muchas personas, dentro y fuera de la Iglesia, no asocian “franciscano” con educación. Pueden asociar “franciscano” con el ministerio hacia los pobres y marginados. Pueden asociar “franciscano” con filas para recibir ayuda y albergues para quienes no tienen un techo. Pueden asociar “franciscano” con confesores amables y pastores compasivos. Pero, ¿educación? No mucho. Aunque los franciscanos hemos estado en las aulas de clase desde la época de san Francisco, aunque los frailes estuvieron entre los líderes de la educación en el siglo XIII, aunque la primera institución verdadera de enseñanza superior en América fue establecida por los franciscanos en 1536 y aunque existen muchas escuelas secundarias, de educación superior y universitarias en todo el mundo que proclaman alguna conexión con la familia franciscana, no obstante, los hijos e hijas de Francisco de Asís y sus asociados legos en el ministerio tienen más posibilidad de ser asociados en la mente de las personas con cocinas para preparar sopas que con la educación, con el apostolado del pueblo

que con las clases para el aprendizaje, con hábitos del corazón que con conocimientos en la cabeza.

Sin embargo, estoy convencido de que san Francisco y la tradición franciscana de espiritualidad y búsqueda intelectual han hecho una contribución excepcional al mundo de la educación católica. Ellas tienen una perspectiva especial para ofrecer a los estudiantes, una que llega no solo a sus cerebros sino también a sus corazones, una perspectiva que insiste en que los conceptos agudos de la mente y los afectos profundos del corazón deben convertirse en la sustancia del servicio práctico para las grandes necesidades del mundo.

### **La educación franciscana como un instrumento de conversión**

Un erudito ha definido “educación” como “un proceso para fortalecer el crecimiento y desarrollo cognitivo, físico, social, emocional o moral de las personas o los grupos”. A cualquier nivel, en cualquier escenario, la educación se refiere fundamentalmente a la transformación humana. Los evangelistas tienen otra palabra para esta renovación interior y exterior continua de personas, instituciones y sociedades: la llaman *metanoia*, la conversión radical de los modos recibidos de pensar, sentir, evaluar y comportarse que asociaron con el llamado de Jesús a “arrepentirse y creer en la buena nueva”.

San Francisco utilizó diferentes lenguajes para expresar la misma dinámica humana básica. Él habló sobre “hacer penitencia”. De hecho, en el habla cotidiana nos inclinamos a pensar en “penitencia” como las tres Avemarías que el sacerdote puede asignarnos después de haber confesado nuestros pecados, o en los preceptos cuaresmales clásicos de orar, ayunar y practicar la caridad. En el mundo académico, quizá ustedes piensen en “penitencia” como asistir a las interminables reuniones del departamento o corregir los incomprensibles y desarticulados documentos de investigación de sus estudiantes menos talentosos. Sin embargo, para san Francisco “hacer penitencia” iba más allá del cumplimiento de ciertas prácticas ascéticas. Para él, “hacer penitencia” era una forma de vida. Era una cuestión de vincularse en un proceso de transformación personal y comunitaria que continuaba durante toda la vida de una persona en esta tierra. Hacia el final de su vida, Francisco les dijo a sus hermanos: “Comencemos de nuevo, hasta ahora hemos hecho poco o nada”. ¡Una declaración sorprendente del hombre que había hecho tanto para transformarse a sí mismo, su

iglesia y su sociedad! Obviamente, Francisco estaba de acuerdo con los conceptos de “conversión continua” y “aprendizaje permanente”.

Ustedes saben bien que, como educadores, su tarea no solamente es **informar** a sus estudiantes. Su tarea es **formar** y **transformar** a sus estudiantes intelectual, afectiva y conductualmente, y a través de ellos y con ellos, transformar el mundo. Ustedes alcanzan ese noble objetivo no sólo con lo que dicen sino con su ejemplo de autotranscendencia sostenida y persistente. Porque siempre hay más para aprender y más para amar y más para hacer, para llevar a nuestro mundo más cerca del reino de Dios, aquellos que tienen el privilegio de educar a los jóvenes están en el “negocio” de la conversión. Ustedes están en el “negocio” de predicar la penitencia y hacer actos de penitencia” (para usar el lenguaje de san Francisco). Ustedes están en el “negocio” de ser “agentes de cambio” (para usar el lenguaje actual). Así que puedo pensar en pocos compromisos más genuinamente franciscanos que el trabajo que ustedes hacen como educadores.

### **Transformación intelectual**

En el invierno de 1223, san Francisco decidió hacer algo diferente para la Navidad. Le pidió prestado un pesebre a un granjero local y lo instaló en un campo. Sobre el pesebre construyó un altar provisional. Después, invitó a todos los vecinos. En la noche del 24 de diciembre, una gran multitud de hombres, mujeres y niños respondió a su invitación y se reunieron en ese campo abierto. Sus rostros brillaban a la luz de sus lámparas y antorchas. Sus ojos entusiasmados observaban el pesebre lleno de paja, un buey y un asno que fueron llevados al sitio, y un sacerdote que comenzó a celebrar la Misa de Medianoche. Nunca antes nadie había visto algo similar. Según su primer biógrafo, la justificación de Francisco para la novedad fue que: “Deseo representar el recuerdo de ese chiquillo que nació en Belén: ver tanto como sea posible con mis propios ojos mortales la incomodidad de sus necesidades infantiles, cómo estaba acostado en un pesebre y cómo, con un buey y un asno parados a su lado, descansó sobre pajas”.

Para muchas personas hoy, el nacimiento de Jesús en un establo es increíble porque debe haber sido demasiado incómodo. Con escepticismo preguntan: ¿por qué el Dios del universo elegiría que viniera entre nosotros en semejante miseria? Sin embargo, para san Francisco el nacimiento de Jesús en un establo era creíble *precisamente* porque era incómodo. En verdad, Francisco reflexionó, Dios habría

podido tomar una ruta más opulenta en medio de nosotros, pero Dios libremente eligió en cambio el camino de la pobreza, el camino de la humildad, el camino de la **incomodidad**, y procedió así por una razón apabullante: porque Dios es amor humilde, entrega de sí mismo y abnegación.

En una carta que escribió a los frailes, Francisco habla sobre la “humildad de Dios”. Es una expresión impresionante. Quienes piensan en la humildad, en su mayoría probablemente la consideran como una cualidad humana, incluso una cualidad rara. Sin embargo, Francisco llegó a creer que la humildad es una cualidad **divina**. DIOS es humilde. En sus *Alabanzas al Dios altísimo*, Francisco se atreve a orar: “Santo Señor Dios. . . Tú eres amor. . . Tú eres sabiduría, tú eres humildad”. Dios es humildad del mismo modo que Dios es amor. Para Francisco, la decisión de Dios de revelarse a sí mismo en un establo en Belén no fue un capricho arbitrario. No. Es Dios siendo perfectamente coherente consigo mismo. La humildad de la encarnación, el camino humano que Dios eligió para entrar en nuestra historia humana y revelar su amor por nosotros, es la manifestación externa de la humildad que anida en el corazón de Dios.

Con frecuencia, a Francisco se le describe como un soñador, un romántico ingenuo, una “persona idealista” no una “persona racional”, un apasionado no un intelectual. No obstante hay una lógica clara y coherente en la manera como Francisco entiende a Dios, a sí mismo y al mundo. Es la lógica de la Encarnación. Resulta innecesario decir que no es la lógica de los líderes del gobierno o los ejecutivos empresariales. No es la lógica del dinero y el poder. No es la lógica de la adquisición y la opresión. Es una lógica que, cuando se juzga por los estándares de este mundo, raya en la tontería absoluta. Francisco aceptó total y libremente su vocación para ser un maestro de la marca de lógica bizarra de Dios y para explorar sus implicaciones en la manera en que la sociedad debe organizarse, el poder debe ejercerse y las cosas buenas de este mundo deben distribuirse.

En su adolescencia y juventud, Francisco había sido un trepador social, el hijo de un comerciante que aspiraba a los grados de la caballería e imitaba el estilo de vida opulento de la nobleza. Después de su conversión a la lógica de Dios, este devoto del ascenso social se convirtió en el gran defensor del “ascenso hacia abajo”. Esa fue, después de todo, la dirección que tomó Dios en la encarnación de su Hijo. El “Más Alto” había elegido libremente ser incluido entre los más humildes. Para Francisco, seguir a Cristo significó seguirlo en la parte más baja de la pirámide social. Significó cambiar su vivienda en las comunidades privadas cerradas y las residencias amuralladas de los

ciudadanos más ricos de Asís (su padre entre ellos), y vivir entre “los pobres y los desvalidos, los enfermos y los leprosos, y los pordioseros al lado del camino”. Significó reverenciar a quienes no tenían dinero, poder o prestigio como los iconos e imágenes de Cristo pobre y humilde. Significó rehusarse a ejercer poder y control sobre los demás. Significó adoptar una posición radical de no violencia y declinar “participar en discusiones y disputas” con la gente, ¡especialmente discusiones y disputas sobre la religión! Significó entenderse a sí mismo como un servidor humilde que lava los pies sucios de un mundo cansado, como Cristo lavó los pies de sus discípulos en la Última Cena. Significó rechazar la política de la dominación y criticar pacíficamente el privilegio de los hombres y el sometimiento de las mujeres. Significó defender un modelo de autoridad que fuera menos patriarcal y más maternal, menos autoritario y más educador, menos dictatorial y más persuasivo. Significó reemplazar jerarquía y privilegios con acuerdos sociales que fueran más equitativos, fraternales y mutuos. Significó ver a todos los hombres y mujeres, de hecho a toda la creación, como un hermano o una hermana. Significó rechazar toda actitud posesiva, toda búsqueda de estatus y todo sentido de títulos a la luz de la generosidad sin límites, la humildad extraordinaria y la misericordia total de un Dios bueno y amoroso.

Ciertamente, como educadores franciscanos ustedes están correctamente preocupados por ayudar a sus estudiantes a desarrollar ciertos hábitos del corazón o idealistas (más acerca de eso en unos minutos). Sin embargo, como educadores franciscanos su preocupación primaria es ayudar a sus estudiantes a desarrollar ciertos hábitos racionales: maneras de pensar acerca de Dios, de sí mismos y de los mundos físico, social, cultural, económico y político en los que están inmersos. Ustedes los perjudican y traicionan la misión que ustedes tienen si no les ofrecen a sus mentes una sabiduría alterna y una clase de lógica diferente a la del materialismo hedonista, si no promueven la visión intelectual del *Poverello* que se enamoró de la humildad de Dios. Y les hacen un doble perjuicio si ustedes no demuestran esa humildad en su manera de relacionarse con sus estudiantes y colegas, en la manera como organizan su plan de clases y ordenan sus salones, en la manera como dirigen sus instituciones y deciden quién deberá ocupar un sitio en la mesa de toma de decisiones. De esta manera, la educación franciscana puede escapar de lo que Fray Paolo llama “el concepto bancario de la educación”, en donde administradores y profesores retienen toda la información y los estudiantes se convierten en las “cuentas” del pasivo a las cuales se transfiere conocimiento, un conocimiento distante de la vida real, abstracto e independiente de la

realidad diaria y que ofrece poco o nada para vincular a los estudiantes en un proceso activo de resolución de problemas por el bien del futuro de la humanidad. Por consiguiente, profesores y estudiantes son socios, co-educadores y co-aprendices, cada vez más profundamente comprometidos en la búsqueda de la libertad humana en todas sus dimensiones (cf. Paolo Freire, *Pedagogy of the Oppressed*, ch. 2, New York, Continuum Books, 1993).

### **Transformación afectiva**

Pienso que resulta bastante claro decir que, en cualquier día dado, la universidad o facultad promedio es una caldera hirviente de deseos. Sus estudiantes están definidos principalmente por los deseos que tienen. Están llenos de toda clase de anhelos urgentes. Existe, por ejemplo, el deseo de estudiar duro y dominar el material del curso (un deseo demasiado raro, tal vez). Existe el deseo de adaptarse a la escuela, de agrandar, de ser popular, de tener una vida social activa. Existe el deseo de comida: grandes cantidades de ella, y cuanto más grasosa, salada y cubierta de azúcar, ¡tanto mejor! Existe el deseo de que las personas estrictas del campus tomen vacaciones frecuentes y largas en lugares lejanos. Existe el deseo de amistades cercanas y relaciones románticas. Existe el deseo de que las vacaciones escolares lleguen pronto, de que los plazos para la entrega de los trabajos de investigación sean más tarde y de que los exámenes finales nunca lleguen. Y eso es apenas para nombrar los deseos de los estudiantes. ¿Cuáles son los de ustedes?

Sin duda, los miembros de sus comunidades académicas son personas de deseos, lo cual significa que deben sentirse como en casa en la tradición franciscana. Deseo es una palabra muy importante en la tradición espiritual franciscana. La tradición franciscana ilumina el lugar del corazón y la función que desempeñan los afectos y deseos humanos para dar forma a nuestras vidas, comenzando con nuestra vida con Dios. San Buenaventura dijo que nadie puede ascender la montaña de la unión mística con Dios a menos que sea una persona de deseos. Aquí, como en otro lugar, san Buenaventura estaba en deuda con san Agustín quien escribió en sus famosas *Confesiones*: “Nos has hecho para ti, Señor, y nuestro corazón estará insatisfecho hasta que descanse en ti”. Agustín y Buenaventura se convencieron de que en el corazón de nuestra humanidad hay un hambre insaciable, un deseo urgente, una agitación profunda, un deseo infinito de búsqueda implacable por la satisfacción, una satisfacción que sólo puede encontrarse en Dios.

El trabajo de ustedes como educadores franciscanos no es matar los deseos de sus estudiantes. Es animarlos a reconocer esos deseos, a prestarles atención, a reverenciarlos, a asumir la responsabilidad por ellos, a purificarlos si es necesario, a hacerlos crecer si son demasiado insignificantes, a llevarlos hacia la oración, a encontrar a Dios en ellos y hallar su satisfacción final en Dios. No menos que el cerebro que se cuestiona, el corazón inquieto es vital para una educación franciscana, ante todo porque es un terreno santo, un lugar de peregrinación, el sitio sagrado de un posible encuentro con el Dios viviente.

Sin embargo, no es suficiente para sus estudiantes o para cualquiera de nosotros estar en contacto con nuestros deseos y conmovernos profundamente. La autotranscendencia exige que sintamos profundamente a los demás. Exige que nos convirtamos en mujeres y hombres compasivos. De todos los incidentes de su vida que san Francisco podría hacer mencionado al comienzo de su *Testamento* autobiográfico, eligió destacar su encuentro con los leprosos: “El Señor me dio de esta manera a mí, hermano Francisco, el comenzar a hacer penitencia porque cuando estaba en pecado, me parecía extremadamente amargo ver a los leprosos. Y el señor mismo me condujo entre ellos y practiqué la misericordia con ellos”. Francisco estaba convencido de que el punto decisivo de su vida comenzó el día, alrededor de los 20 años, cuando fue desviado por la compasión, el día cuando repentina y sorpresivamente sintió una profunda empatía por los leprosos que antes había evitado y despreciado. Como a la mayoría de sus pares, a Francisco se le había enseñado a evitar a los leprosos, a considerarlos menos que seres humanos y a juzgarlos como criaturas malditas que estaban pagando el justo castigo por sus pecados. Entonces, un día, los ojos de Francisco se abrieron y comenzó a ver en las figuras deformes de los leprosos el rostro y la figura de Cristo sufriendo. Progresivamente, Francisco entendió que estar en su presencia era encontrar al Dios viviente, que servir a los leprosos era servir a Cristo y que cuidar de ellos con misericordia y amor era tener un corazón que latía al mismo ritmo que el corazón misericordioso de Jesús.

Alguna vez alguien definió “misericordia” como “la voluntad para entrar en el caos de la vida de otra persona”. Como educadores franciscanos, su desafío es ser generadores de misericordia, facilitar el nacimiento de la empatía en los corazones de sus estudiantes, en ocasiones encerrados y absortos en sí mismos. Ustedes lo hacen ayudándolos a leer literatura, filosofía, historia y ciencias sociales a través de las lentes de aquellos que con demasiada frecuencia han sido excluidos de la conversación

intelectual y cultural: las mujeres, los pobres, los indígenas. Ustedes lo hacen a través de su propio ejemplo como mentores compasivos. Y lo hacen sacando sus lecciones fuera del salón de clases y llevándolas a las calles en donde sus estudiantes pueden encontrar a los leprosos rechazados de nuestra propia cotidianidad; donde pueden entrar en el caos de la vida de los pobres y los marginados, y con ellos y para ellos trabajar en la causa de la liberación humana genuina.

### **Transformación de hábitos y praxis**

En ocasiones, la educación franciscana es caracterizada como un matrimonio del intelecto y el afecto, una unión de la cabeza y el corazón. Con seguridad, cabeza y corazón son los “órganos vitales” de cualquier empresa académica que reclamaría el manto de san Francisco. Sin embargo, ¿no se está olvidando en esa fórmula clara algo que es esencialmente franciscano? Para Francisco, no era suficiente hacer reflexiones profundas o incluso sentir una gran compasión. Él insistía en que esas reflexiones profundas y esos sentimientos compasivos tenían que expresarse con acciones. Francisco tenía una inclinación decidida a favor de los hechos. Rechazaba aprender por aprender. Y ciertamente no tenía tiempo para la religiosidad abstracta o las buenas intenciones que morían en la enredadera de la laxitud moral. Estaba convencido de que sin acciones concretas, nuestras nobles ideas son simples fantasmas y nuestros santos deseos son apenas ilusiones. Era aficionado a resaltar que “una persona es solamente tan estudiada como sus acciones lo demuestran; y un religioso es solamente tan predicador como sus acciones lo demuestran”. Además, insistía en que si y solamente si los discípulos de Cristo “lo hacen nacer a través de una actividad santa”, la palabra de Dios se convertirá de nuevo en carne en nuestra carne y hará una diferencia real en nuestro mundo. De ese modo, una educación genuinamente *franciscana* debe estar orientada a la praxis: trabajar, hacer buenos trabajos y trabajar en transformar al mundo. Algunas ideas sobre cada uno de estos aspectos.

**Trabajar.** En el *Testamento* que dictó en su lecho de muerte y en el cual revisó los elementos esenciales de su viaje espiritual, san Francisco escribió: “Trabajé con mis manos y todavía deseo trabajar; y sinceramente deseo que todos mis hermanos se dediquen al trabajo honesto”. Francisco está convencido de que el trabajo es una gracia. Es un regalo dado por Dios. Ahora, algunas personas a duras penas creen eso: los que se aterran con el sonido de la alarma del reloj en la mañana; los que cuentan los días, las horas y los minutos antes de sus próximas vacaciones; los que viven para el fin



de semana y esperan impacientes la fecha más temprana posible para poder jubilarse con todos los beneficios. Para estos trabajadores desdichados, el trabajo es una maldición. Sin embargo, Francisco tenía una perspectiva diferente. Él hablaba de la “*gracia del trabajo*”. En su *Regla Bulada A* escribió para sus frailes: “Los hermanos a quienes el Señor ha dado la *gracia de trabajar*, trabajen fiel y devotamente, de tal suerte que, desechando la ociosidad . . . no extinguen el espíritu de la santa oración y devoción, al cual todas las cosas temporales deben servir”. Para Francisco, el trabajo era un regalo, una bendición, un camino a la santidad, una manera práctica y concreta de demostrar el amor hacia Dios y al prójimo. No sólo era el “trabajo de iglesia” o las profesiones dedicadas a brindar ayuda lo que Francisco consideraba una actividad llena de gracia. Estaba convencido de que cualquier clase de trabajo honesto puede ser una bendición para la vida espiritual de una persona y un beneficio para sus hermanos y hermanas. Cualquier clase de trabajo humano, cuando se realiza en el espíritu del predicador y la devoción, puede convertirse en el trabajo de Dios, nuestra única manera de unirnos a Dios en la tarea continua de la creación, como el santo Juan Pablo II nos lo recuerda en la encíclica sobre la dignidad del trabajo humano, *Laborem Exercens* (14 de septiembre, 1981).

Yo creo que los educadores franciscanos deben evitar la superficialidad del cuento de hadas de que la educación es un fin en sí misma y que toda conversación sobre preparar a sus estudiantes para un trabajo en el mercado laboral está de un modo u otro por debajo de su dignidad profesional y docente. Sin embargo, ¿qué puede ser más digno que afirmar la dignidad del trabajo y la dignidad del trabajador, de todos los trabajadores, no solo aquellos que trabajan en cargos de oficina y detentan posiciones prestigiosas en la sociedad? ¿Qué puede ser más digno que exponer y disponer a hombres y mujeres jóvenes a la “gracia del trabajo”? En verdad, es muy “franciscano” ayudar a sus estudiantes a prepararse para el trabajo de su vida, a adquirir una ética laboral sólida, a sentirse orgullosos de su trabajo y a respetar el trabajo de los demás, sea el trabajo de quien limpia casas o un constructor de viviendas, de un granjero o el trabajador de una fábrica, de un barrendero o un neurocirujano.

**Hacer buenos trabajos.** En el mismo capítulo de la *Regla* franciscana que se refiere al trabajo, Francisco también dice: “Dejemos que todos los hermanos siempre se esfuercen por hacer buenos trabajos”. En ese sentido, como en todos los demás, establece un nivel alto para los frailes con su propio ejemplo. Las manos que repararon capillas destruidas al lado del camino alrededor de la ciudad de Asís, fueron las mismas

manos que tocaron lo intocable en la sociedad medieval: los leprosos. Francisco atendió a aquellos a quienes la enfermedad que los desfiguraba los ponía al margen de la sociedad. Cambió las vendas de las heridas de los leprosos y buscó almas que los sostuvieran. Abrazó sus cuerpos debilitados y afirmó su dignidad humana, tantas veces abusada. Los primeros frailes franciscanos salieron de las murallas protectoras de Asís y entraron en estrecha cercanía con las colonias de leprosos en donde Francisco y sus hermanos estaban en casa, entre los que no tenían techo (cf. Michael Cusato, OFM, "Wall-to-Wall Ministry: Franciscan Ministry in the Cities of Thirteenth-Century Italy," *True Followers of Justice: Identity, Insertion and Itinerancy among the Early Franciscans. Spirit and Life*, 10, St. Bonaventure, NY: Franciscan Institute Publications, 2000, pp. 31-61) y donde Francisco escribió estas palabras desafiantes a sus seguidores de toda época y lugar: "Dejemos que todos los hermanos. . . se regocijen cuando vivan entre la gente considerada de poco valor y que es mirada con desprecio, entre los pobres y desvalidos, los enfermos y los leprosos, y los pordioseros al lado del camino". Como mencioné antes, esas experiencias de estar y vivir con los pobres, los marginados y los parias de la sociedad pueden ser profundamente transformadoras. Ciertamente lo fueron para Francisco. Ellas pueden cambiar nuestros valores. Pueden cambiar nuestras metas y prioridades en la vida. Pueden cambiar nuestra perspectiva sobre las estructuras económicas y sociales que nos dan forma y nos deforman. Pueden cambiar el entendimiento que tenemos de nosotros mismos, de nuestro mundo y de nuestro Dios. Ese es el por qué las *oportunidades de aprendizaje en el servicio* deben ser un componente esencial de una educación genuinamente franciscana, de manera que "los pobres y los desvalidos, los enfermos y los leprosos, y los pordioseros al lado del camino" les puedan enseñar a sus estudiantes las lecciones más importantes de la vida.

**Finalmente, trabajar en transformar al mundo.** Muchos de ustedes están familiarizados con un incidente de los primeros días de la conversión de Francisco a una forma de vida en el evangelio. Sin certeza sobre la dirección que su propia vida estaba tomando y buscando la guía de Dios, Francisco oró ante el crucifijo que colgaba de la iglesia de san Damián, una pequeña capilla, en ruinas, al lado del camino, justo en las afueras de las murallas de Asís. Cuando observaba la figura de Cristo sufriendo, escuchó una voz que le decía, "Francisco, repara mi iglesia, pues ya ves que está en ruinas". Con su tendencia a favor de la acción por encima de la simple intención, Francisco tomó las palabras literalmente. Consiguió un martillo de carpintero y una espátula de albañilería y comenzó a reparar el desvencijado santuario.

Con el tiempo, claro, Francisco comenzó a entender que el proyecto de construcción al que Dios lo estaba invitando era cada vez más grande que la renovación de una iglesia. Algunos estudiosos franciscanos en la actualidad argumentarían que el proyecto de construcción concebido por el hombre en la Cruz fue incluso mucho más grande que la renovación y reforma de la Iglesia descrita en el credo como “una, santa, católica y apostólica”. La “casa de Dios” es más que un templo y más que la comunidad de creyentes cristianos. Es nada menos que el mundo, la creación buena de Dios. Eso es lo que ha “caído en ruinas”. Eso es lo que se necesita reconstruir. Eso es lo que requiere toda la sabiduría y el conocimiento, todas las destrezas y los talentos, toda la energía y el entusiasmo, toda la pasión y compasión de sus estudiantes. Por último, eso es para lo que ustedes los están preparando: aplicar lo que han aprendido bajo su tutela para reconstruir la casa de Dios, la transformación del mundo de Dios, la remodelación de la creación de Dios, de manera que refleje más claramente la integridad, justicia y paz del plan y el propósito creativo de Dios.

## **Conclusión**

Fray Kenneth Himes es un teólogo franciscano que dicta clases en el Boston College, una universidad jesuita en Estados Unidos. Hace algunos años, Fray Kenneth dictó una charla para los estudiantes y la facultad de su alma mater, Siena College, y en ella hizo la siguiente observación: “El mayor riesgo de una institución como Siena es que quienes están aquí empiecen a pensar que eso es una cuestión de pleno derecho, que merecen lo que es suyo, que de algún modo se lo han ganado. El gran riesgo es que podamos pensar que Siena está aquí para nosotros y que nosotros estamos aquí sin ningún propósito mayor que avanzar en nuestra ya privilegiada situación. . . [Por el contrario] estamos aquí a favor de aquellos que no están aquí. Debemos estudiar y aprender, y volvernos inteligentes en beneficio de aquellos que nunca se sentarán en un salón de clases”. Sustituyan el nombre de su respectiva institución por “Siena College” y la afirmación de fray Kenneth no es menos cierta. Si vamos a ser fieles a la inspiración de san Francisco, las universidades e instituciones educativas franciscanas no pueden estar cerradas en nosotros mismos. Su misión trasciende el cuidado y la alimentación de sus elementos constitutivos fundamentales. El enfoque de su misión tiene que incluir a aquellos que nunca se matricularán en sus campus, aquellos con quienes Francisco se sentía mucho más en casa: “los pobres y los desvalidos, los enfermos y los leprosos, y los pordioseros al lado del camino”.

Fray Wayne Hellmann es otro teólogo franciscano que enseña en una universidad jesuita. Él y fray Kenneth pueden atestiguar la frecuencia con la cual sus estudiantes son acicateados y persuadidos por dos lemas jesuitas: “Ser más” y “Ser hombres y mujeres para otros”. Sin duda, como fray Wayne señala, los jesuitas tienen una ventaja decidida sobre los franciscanos en el departamento de eslóganes. ¿No se haría una marca más grande en el mundo si la mayoría de los estudiantes antes de “ser más” que “ser menos”, de “ser grande” que “ser humilde”, simplemente fueran, como Francisco mismo, un hermano o hermana menor? Para el segundo lema, Hellmann sugiere una adopción franciscana y una adaptación franciscana. Él escribe: “A los estudiantes de las escuelas jesuitas se les ha inculcado ser: ‘Hombres y mujeres para otros’. . . ¿No podría inculcarse a los estudiantes de las escuelas franciscanas el lema: ‘Hombres y mujeres para los menos favorecidos entre nosotros?’” Sea que esta máxima aparezca o no en los folletos de admisiones de sus instituciones o forme la base de una campaña de mercadeo, quizá un enunciado sucinto de la meta de una educación franciscana se leería: “Ser más para sus hermanos y hermanas menos favorecidos”. En su mayoría, esos “menos favorecidos” no están sentados en sus salones de clase, pero deben mantenerlos dentro de su línea de visión y cerca del corazón de su misión, si la educación que ustedes brindan puede llamarse correctamente “franciscana”.

No tengo ninguna duda de que todos los días, en América y fuera de ella, sus alumnos y alumnas están sirviendo a los más necesitados de sus hermanos y hermanas con la cabeza y el corazón que ustedes ayudaron a capacitar. Están sirviendo a los pobres de Dios con los dones y la buena voluntad que ustedes les ayudaron a desarrollar. Están transformando el mundo cuyos amplios portales ustedes les abrieron. Su presencia dando vida a la sociedad y la iglesia es el legado de mayor orgullo que ustedes dejan, y todo lo que puedo decir en agradecimiento y como estímulo de lo que ustedes han hecho y continúan haciendo, es hacer eco de las palabras de san Pablo a los filipenses: “Que el Dios Único que comenzó en ustedes la buena obra la lleve a cabo hasta su terminación el día de Cristo Jesús”.

Muchas gracias y que ustedes y sus estudiantes sean bendecidos con los dones de “la paz y el bien”.